

mayoría de los jueces pertenecían al pueblo; y bastaría á demostrado la exhibición de sentimientos democráticos que no dejan de hacer los acusados en sus declaraciones; pero no está probado que este prejuicio inevitable diese lugar á parcialidades más sorprendentes que aquellas que pueden determinarse en cualquier reunión de hombres. Por lo tanto, no parece justo afirmar que la libertad individual en Atenas estuviese menos garantida que en cualquier otra parte, ni que el Estado era opresor. El verdadero mal no residía ahí.

Y sin embargo, cuando se contempla el conjunto de la vida ateniense, parece exagerado el elogio que Tucídides ha hecho de aquella libertad de costumbres que dejaba á todos el derecho de vivir á su gusto sin preocuparse de la opinión del vecino. Esto era cierto en muchos respectos, pero no en todos. No se espiaban en Atenas como en Lacedemonia todos los actos del prójimo para infligir una censura moral ó un insulto, pero la afición á la pelea era muy viva en este pueblo profundamente individualista. La falta de un ministerio público y la libertad en que estaban los particulares para perseguir á los delincuentes, aun en materia criminal, debía contribuir á mantener y estimular aquella afición innata á los procesos y disputas. Aunque despreciados, había algunos sicofantes y no faltaban testigos falsos. Algunas costumbres de la vida pública, excelentes en principio, tendían al mismo resultado: por ejemplo, las innumera-

bles cuentas que los magistrados rendían al salir del cargo, las acusaciones de ilegalidad que podían alcanzar al redactor de una ley ó de un decreto y la libertad concedida á los particulares que se juzgaban indebidamente encargados de una liturgia para designar á otro ciudadano más rico. Otras tantas ocasiones incesantemente renovadas de pleitar y discutir. También los tribunales atenienses estaban muy atareados. Ya Aristófanos se burlaba de esto, y nos cuesta trabajo no compartir su opinión. Isócrates declara que la vida era intolerable para los ricos en Atenas y que se veían obligados á ocultar sus riquezas (1). Á pesar de eso, añade que los pobres eran los que más padecían á consecuencia de eso, hasta el punto de llegar á la última miseria (2). El orador Callistrato se vanagloriaba de haber sufrido cuarenta y siete acusaciones de ilegalidad. Esto demuestra al menos que ese estado de cosas no era siempre mortal, pero es también el signo de una especie de anarquía agitada, más semejante á la fiebre que á la actividad fecunda de la vida. Admitamos que Isócrates, como todos los predicadores, hubiese exagerado un poco en interés de la causa, y que un hombre de Estado influyente, como Callistrato, estuviese más expuesto que un ciudadano ordinario á molestias de este género. Pero el mismo Isócrates, el hombre más pa-

(1) *Paz*, 128, y *Areóp.*, p. 35.

(2) V. sobre todo *Areóp.*, ps. 54 y 83.

cífico, había tenido dos procesos en su vida, y su biógrafo señala esta cifra como notable por su insignificancia. Hay que inclinarse á deducir que, si el Estado no era despótico, había en Atenas un espíritu general de tra-pacería y de mezquindad recíproca, que es uno de los caracteres de su vida política interior. ¿Debe hacerse responsable de ello á la forma de gobierno? En parte acaso sí, porque todo régimen de libertad deja á los instintos desagradables de la naturaleza humana más ocasiones de manifestarse; pero conviene añadir que estos instintos eran anteriores al régimen, y que si la libertad democrática les permitió exhibirse abiertamente, ha sabido reprimir otros más violentos y hasta ha encauzado estos mismos en cierta medida, obligándolos á someterse á las formas previstas por las leyes. Puede decirse de estos innumerables procesos, con que los atenienses se perseguían unos á otros, lo que decía Tucídides con motivo de los procesos análogos que los súbditos de Atenas tenían que soportar y contra los que se lamentaban vivamente, á saber: que aquel abuso de enredos tenía una compensación, puesto que suprimía el abuso de la fuerza, y significaba, en suma, un progreso sobre las épocas anteriores, en las cuales era soberana la violencia.

## II.—La política exterior.

Los problemas de política exterior en la Grecia antigua eran de dos clases: unos, concernientes á las relaciones de las ciudades griegas entre sí; otros, á las relaciones de cada una de ellas con el mundo no helénico (los bárbaros); más tarde, con las naciones semihelénicas del Norte de la península. De ahí, en el contacto incesante de todos estos Estados entre sí, una multitud de conflictos muy complicados y de problemas muy diversos. Exponerlos en detalle sería contar toda la historia griega de dos siglos. Aun no considerándolos más que desde el punto de vista de la democracia ateniense, constituiría una larga historia, en la cual no tenemos por qué entrar. Lo que importa es caracterizar las fases principales de los diversos conflictos y el espíritu general con que Atenas los ha abordado.

Estas grandes fases son tres: en la primera es la lucha contra los bárbaros la que ocupa el plano principal, complicada, además, por las dificultades que nacen de las relaciones de las ciudades griegas entre sí; en la segunda se trata, sobre todo para Atenas, de fijar su situación propia en el mundo griego; en la tercera, en fin, es el problema macedonio el que domina toda la política, sin suprimir por eso las difíciles cuestiones relativas á la

actitud que adoptaron los pueblos griegos unos respecto de otros.

El problema planteado en el primer período es relativamente sencillo en teoría, aunque muy grave y difícil en realidad. Los atenienses lo resuelven, con decisión y energía, bajo el impulso de algunos hombres de Estado notables y gracias al poder de su organismo, intacto aún.

La segunda cuestión, la de las relaciones de Atenas con el resto de Grecia, es decir, la de sus pretensiones á la hegemonía, era infinitamente más compleja y más difícil. En el largo espacio de tiempo, cerca de un siglo, que duró el debate, Atenas tuvo sucesivamente á su cabeza hombres de Estado de primer orden y enredadores. Fué encontrándose sucesivamente con circunstancias favorables, que no siempre supo aprovechar, y dificultades, que no supo salvar. Cometió grandes faltas y soportó graves reveses. En muchas ocasiones recobró su fortuna y más tarde perdió de nuevo el terreno ganado. En estas luchas incesantes empleó sus fuerzas materiales y morales.

Cuando por fin surgieron los últimos peligros, los que procedían de Macedonia y que debían poner fin á su papel de gran potencia, estaba realmente agotada á pesar de algunas apariencias de grandeza persistente y Grecia entera no estaba en mejor situación. Atenas procuró hacer un buen papel hasta el fin, pero estaba roto el resorte moral y sus recursos materiales no podían permitirle más

que una derrota honrosa, á menos que se presentasen circunstancias felices que la fortuna no le ofrecía.

En esta revista rápida habremos de separar la parte de las fatalidades ineluctables y la de los errores de conducta. Sobre todo, procuraremos dar luz sobre aquello que en los éxitos y en los reveses puede atribuirse con verosimilitud, ya al carácter ateniense en general, ya especialmente á la forma democrática del gobierno.

#### § 1.—ATENAS Y LOS BÁRBAROS.

Conocemos el papel que representó Atenas en las guerras médicas. Los oradores y los historiadores durante los dos siglos siguientes no han dejado de recordarlo y glorificarlo, al extremo de que sus rasgos esenciales han llegado á todo el mundo. Es bellissimo. En primer término está la negativa de Atenas de someterse á los mandatos del gran rey. Después, la victoria de Maratón. Viene más tarde la invasión de Jerjes, la Grecia del Norte inundada por la ola de invasores, los atenienses embarcándose á la voz de Temístocles, las mujeres y los niños refugiados en Egina, la ciudad que Jerjes destruyó y quemó; luego la victoria de Salamina, que disipa en un instante el horrible delirio. Después de algunas desdichadas tentativas de revancha, los persas quedan reducidos á la

defensiva. Atenas, renaciente de sus ruinas, persigue al enemigo sin tregua. Organiza la conferencia de Delos, da libertad á Jonia y con una guerra ofensiva de treinta años afirma definitivamente el triunfo de Grecia. No le había faltado el apoyo de Lacedemonia; pero este apoyo había sido tardío ó de una eficacia restringida: fué la armada ateniense la que representó en este drama el primer papel. En cuanto á las otras ciudades griegas, se sabe había habido entre ellas vacilaciones y hasta defecciones. La gloria del éxito final recaía, pues, incontestablemente sobre Atenas.

En este heroísmo colectivo de la ciudad todo el mundo tuvo su parte. En primer término los jefes, hombres superiores por la iniciativa audaz de sus resoluciones y de su clarividencia. Los Temístocles y los Aristides, bravos generales como Milciades y Cimón; después la multitud de los ciudadanos, los oplitas de Maratón, los marineros de Salamina y de Micala, los ricos y los pobres, todos unidos en una voluntad común de luchar hasta la muerte para conservar su independencia, todos igualmente unánimes, después de las primeras victorias, en la resolución de perseguir el éxito hasta el final, hasta el triunfo definitivo. Debe atribuirse el honor de estas virtudes, en primer término, á las cualidades naturales del carácter ateniense, vivo y generoso; pero también, sin duda alguna, al espíritu democrático de Atenas que exaltaba entonces estas cualidades hasta el

entusiasmo. El testimonio de Herodoto á este respecto es formal é irrecusable. Hubo en este momento en el patriotismo ateniense un fervor de entusiasmo análogo al que debía caldear más tarde los ejércitos de la revolución francesa: Atenas, libre de los pisistratidas, estaba ebria de libertad; no quería volver á verse privada de ella. El amor de la libertad aumentaba en todos el amor al suelo natal. La guerra contra los bárbaros era á la vez una guerra nacional y una guerra democrática, porque los persas tenían en todas partes de Grecia aliados, en las familias de los antiguos tiranos y en los partidos aristocráticos. Fué la aristocracia tebana la que puso Tebas dentro de la alianza de Jerjes; los partidarios de la democracia eran los más ardorosos defensores de la independencia. Los marinos de Salamina pertenecían en su mayor parte á las últimas clases y los triunfos de la armada fueron otros tantos triunfos para la democracia. En su apasionamiento por la libertad, estaba Atenas más propicia que ninguna otra ciudad griega á confundir los intereses generales del panhelenismo con los suyos propios. El ateniense es de espíritu amplio; idealista, se eleva sobre los hechos particulares para abarcar el conjunto de las cosas. Las grandes frases y los grandes sentimientos desinteresados hacen vibrar su alma de artista. No es sólo su independencia, su libertad política, sus instituciones democráticas, lo que defiende: tiene la conciencia de que defiende la causa de todos los grie-

gos y la causa misma de la civilización; y esta conciencia se deduce en él del justo orgullo que le procura su cualidad de libre ciudadano de una democracia.

## § 2.—ATENAS Y LAS CIUDADES GRIEGAS.

El triunfo de Grecia sobre la Persia abría para la democracia ateniense una era de hegemonía gloriosa, pero también de dificultades extremadamente graves. Nuevos problemas de más difícil solución se presentaban ante ella. Para rechazar á los bárbaros le había bastado con ser heroica; para organizar sus relaciones con las demás ciudades griegas no bastaba con el espíritu político más ágil, y las mismas cualidades de ardor y de entusiasmo que tan útiles le habían sido hasta entonces podían serle ahora peligrosas. Le es más fácil á un pueblo generoso y de imaginación viva ser heroico en un gran peligro que discreto en las dificultades diarias.

El problema era doble, en efecto. De un lado Atenas había formado una confederación defensiva y ofensiva cuyo objeto inicial había sido la lucha contra la Persia y que las necesidades de una acción enérgica habían poco á poco transformado en una especie de imperio (*ἀρχή*) en el cual Atenas mandaba soberanamente. ¿Qué iba á ser de esta confederación ahora que parecía alejado el peligro persa? Por otro lado, esta nueva fuerza de

Atenas preocupaba á Lacedomonia, capital de la Grecia doria, y durante mucho tiempo la primera ciudad del mundo helénico. ¿Cómo terminaría la rivalidad de las dos ciudades?

Tucídides explica maravillosamente por qué serie de necesidades políticas y de sentimientos humanos había llegado Atenas á constituir su dominación: era primero el temor de los persas lo que había echado en sus brazos á los aliados; luego había visto la honra y el provecho que podía obtener de las circunstancias y había tomado gusto á esta hegemonía, que le llegó espontáneamente. Para hacerla más sólida había favorecido entre sus aliados las revoluciones democráticas, porque el pueblo volvía preferentemente los ojos hacia Atenas mientras los aristócratas «laconizaban»; además había ido apretando poco á poco los lazos de dependencia existentes entre sus aliados y ella, hasta que los hizo verdaderos súbditos por la obediencia y el pago del impuesto.

La organización de una liga permanente de esta clase, fuertemente concentrada bajo un dominio único, era en Grecia una novedad. La confederación de las ciudades dorias bajo la hegemonía espartana era cosa muy distinta: se trataba de una inteligencia bastante laxa que dejaba á los confederados la plenitud de su autonomía. Aquí, por vez primera, aparecía una tentativa de organización unitaria muy ajena á las costumbres griegas. Era cierto que, una vez desaparecido el peligro bárbaro, las antiguas tendencias eco-

nómicas recobrarían sus fuerzas un tanto apoyadas por la envidia de Lacedemonia.

¿Qué podía hacer Atenas? ¿Soltar los lazos federales? ¿Devolver la autonomía á sus aliados? Tal es la opinión que expresaba más tarde Isócrates, que soñaba con una confederación voluntaria cimentada únicamente en la justicia y en la confianza recíprocas. Pero parece que esta concepción no se presentó un solo instante al espíritu de Pericles y de sus contemporáneos. No hay motivo de sorpresa: era una idea de moralista más que de un hombre de Estado; nunca se ha visto un imperio destruirse á sí mismo, voluntariamente, para la mayor gloria de la moral absoluta. Había además en esta tentativa de organización del mundo griego un principio que podía ser fecundo y que acaso constituya una desgracia para Grecia, el fracaso de la tentativa. Atenas tenía también obligaciones con aquellas democracias constituídas por ella misma y que en general sentían más temor de una reacción aristocrática y lacedemonia que de la continuación del imperio ateniense; porque las defecciones de los aliados, cuando se produjeron durante la guerra del Peloponeso, fueron siempre por parte del partido aristocrático. En una palabra, Atenas no podía optar; una vez empeñada en el camino á que la habían llevado las cosas, debía mantener á toda costa su hegemonía sobre sus aliados; ésta fué la opinión de todos sus hombres de Estado.

Pero podía diferirse en cuanto á la apre-

ciación de los detalles sobre la conducta que debía observarse con los aliados; sin ninguna dejación del principio, podía emplearse con ellos una política más ó menos flexible, más ó menos liberal y moderada. Entones hubo entre los hombres de Estado atenienses espíritus firmes y políticos menos intransigentes. Esto se ve con claridad en la discusión relativa á la revuelta de Mitilene. Cleón, el célebre demagogo, es partidario de la energía despiadada: presenta al imperio ateniense como una «tiranía» que no puede mantenerse más que por el terror. Su adversario Diodoto sostiene que el verdadero interés de Atenas exige una política distinta, más mesurada y más clarividente; que es preciso guardarse de irritar á los demócratas de Mitilene y que una hábil firmeza será suficiente para intimidar á los no sometidos, sin el peligro de condenar á la desesperación y al odio irreconciliable á toda una población que puede reintegrarse á la obediencia. Es justo añadir que si la opinión de Cleón triunfó el primer día, la de Diodoto le aventajó al día siguiente, cuando había ido haciendo su labor la reflexión en el espíritu de los atenienses.

No podría decirse de un modo general que la concepción imperialista de Atenas haya sido una locura, como pretende Isócrates, ni que su política hacia sus súbditos no haya sido razonable. La demostración de esto está en que las deserciones fueron produciéndose lentamente: en toda la primera parte de la guerra del Peloponeso fueron escasas y se

evitaron rápidamente; sólo se multiplican después del desastre de Sicilia, por la intervención cada vez más eficaz de Lacedemonia. ¿Es únicamente el terror, según la expresión de Cleón, lo que retenía obedientes á los súbditos? Seguramente no: á pesar del número de sus barcos y del valor de sus oplitas, Atenas no habría podido someter por fuerza á su yugo á la mitad de Grecia, sobre todo, enfrente de Lacedemonia, convertida en su enemiga. Estaba respecto de sus súbditos en la situación que describe Aristóteles de las antiguas monarquías enfrente de sus pueblos: los reyes sin mercenarios á sueldo, como los tiranos, no se hacían obedecer hasta que los pueblos consentían en ello; la tradición y el respeto creaban la docilidad de los súbditos. Atenas había sabido conquistar el respeto por su conducta en tiempo de las guerras médicas y había asociado á su causa á los partidos democráticos de las ciudades. Era bastante fuerte para reprimir una deserción aislada; pero su poder sobre el conjunto de las ciudades dependientes procedía sobre todo de que se la consideraba como la primera de las ciudades jónicas, la más gloriosa y la más civilizada, la que defendía el espíritu jonio contra la invasión del dorismo. Es, pues, la política de Diodoto, más que la de Cleón, la que inspiraba en general la conducta de Atenas hacia sus aliados, y por rudo que haya podido parecer en ocasiones su predominio á griegos naturalmente poco disciplinados, no podrían suscribirse sin reser-

va las frecuentes condenaciones tantas veces dirigidas contra el imperio ateniense. En suma, Atenas ha resuelto la cuestión de principio del único modo aceptable, y en cuanto á la aplicación, no parece haber desconocido gravemente lo que las circunstancias exigían.

Iguales dificultades se presentaban respecto de sus relaciones con Lacedemonia, con la diferencia de que el problema parecía admitir las más opuestas soluciones. Pericles creyó la lucha inevitable y decidió entablarla en el momento que él supuso el mejor para los intereses de Atenas. Parece que Tucídides era de la misma opinión; á su juicio, Lacedemonia no podía resignarse á la grandeza de Atenas, y fué ella, sobre todo, la que quiso la guerra (1). Es difícil creer que estas apreciaciones fuesen inexactas. No olvidemos que la guerra era aún en la Grecia antigua una cosa normal, ordinaria, y que constituía la ocupación principal de las ciudades. Platón, en el primer libro de las *Leyes*, expone la opinión contraria como una novedad, una especie de paradoja ajena al espíritu de sus contemporáneos. Aristóteles dice expresamente que toda la Constitución de Esparta tendía á la preparación de la guerra y que no había en ella nada organizado para la paz. Es evidente que el modo de ver de Pericles tenía, por lo tanto, muchas probabili-

(1) Tucídides, I, 23, 6 y 8, 5.

dades de ser justo. Sin embargo, existía en Atenas un partido de la paz (1). En primer término comprendía á los laconizantes, es decir, á los aristócratas afectos á Lacedemonia, y se fortaleció más tarde, después de los primeros sufrimientos de la guerra del Peloponeso, con el descontento de las gentes apacibles, del campo sobre todo, que veían devastadas sus tierras. Aristófanes fué su intérprete más elocuente; poco á poco va concibiendo un ideal de concordia panhelénica, no muy distinto del que debía predicar más tarde Isócrates. Pero había sido necesario predicar este ideal en Lacedemonia y en Atenas, y sin embargo, es dudoso que haya podido lograr más éxito. En realidad, no llegó nunca para Grecia el día de poner en práctica estas bellas lecciones, y las desdichadas ciudades griegas siguieron hasta el fin sometidas al gobierno de las tradiciones más opuestas. En cuanto á los laconizantes del siglo v, éstos tenían que ser sospechosos en una democracia que veía en ellos á los adversarios.

Por lo tanto, se declaró la guerra. Formóse el pueblo á las órdenes del más grande de sus hombres de Estado; no hay lugar á censura. Es justo reconocer también que conllevó entonces crueles miserias con admirable constancia. La peste, la ruina del Ática vinieron sucesivamente á probarle. Excepción

(1) *Politica*, II, 6, p. 127, 8, 1, 395.

hecha de un pequeño momento de rebelión contra la autoridad de Pericles, permaneció siempre inmovible en sus resoluciones. En suma, la primera parte de la guerra dió la razón á la política de Pericles y del pueblo. A pesar de algunas faltas cometidas bajo la influencia de Cleón, la paz de Nicias en 421 vino á coronár con un éxito que habría podido ser definitivo diez años de lucha.

Lo que lo echa á perder todo entonces es la locura de la guerra de Sicilia. La imaginación popular, atacada de megalomanía, se entrega á los espejismos que proyecta ante ella la elocuencia de Alcibiades. Para colmo de desdichas, en uno de esos accesos de nerviosismo sospechoso á que están sujetas las multitudes, el pueblo, conmovido por la misteriosa mutilación de los Hermes, llama á Alcibiades, ya en camino para Sicilia, y se priva de ese modo del único general capaz de dar buen fin á una expedición aventurera, sustituyéndole por Nicias, que había considerado siempre esta guerra como un disparate. Entonces comenzaron á precipitarse los acontecimientos. La expedición terminó en un desastre que deja á Atenas gravemente maltratada. Proseguirá durante otros diez años la lucha contra Lacedemonia, con alternativas de reveses y éxitos, y complicada á veces con importantes desórdenes interiores. Llega por fin la derrota definitiva en Ægos Pótamós con la toma de Atenas por los espartanos, la destrucción de los Largos Muros, la ruina del imperio marítimo ateniense, la dominación